

EN CONVERSACIÓN CON EL MARQUÉS DE BRADOMÍN

Luis H. de Larramendi

Abogado de profesión, es impulsor desde la Fundación Ignacio Larramendi, de las actividades de ésta relacionadas con la historia del carlismo. Secretario-asesor de *Aportes*, ha publicado en estas páginas diversos artículos como «Notas para el recuerdo de un paseo por las calles y los archivos del Trieste carlista» en colaboración con Luis M.^º González Llano (*Aportes* 54).

Haré cosa de cinco años preparé unas líneas, que nunca llegué a publicar, recogiendo destellos de una conversación con Carlos del Valle Inclán, Marqués de Bradomín. Ahora, que el primer Marqués de Bradomín de carne y hueso no está ya con nosotros, y ha consumado su ciclo vital, entrando en la historia donde ya estaba su padre, y también el Marqués de Brodomín epónimo de su título, en homenaje a su persona, recuerdo de aquella conversación, y apunte para la pequeña historia de España, pequeña historia que a veces es la más verdadera, publico estas líneas, impulsado a ello por el ruego insistente

de Rafael Fontoira, que habiéndolas leído las ha encontrado dignas de ser compartidas...

★ ★ ★

Pontevedra es una ciudad que sorprende. Fuera de las rutas gallegas habituales, centradas en las costas, las rías, y la ciudad del Apóstol, encierra contrastes que maravillan y entusiasman. Guarda el encanto perdido de las tranquilas ciudades de provincia. Atesora piedras que nos hablan de historia y rezuman aromas de leyenda, al tiempo que vibra por las noches con estruendo mezclado de vino y de canción.

RESUMEN

Para valorar lo que tuvo de estético o de arraigado el Carlismo en Valle Inclán, una conversación con su hijo, el Marqués de Bradomín, permite al autor traer a la realidad lo que el inmortal escritor proyectó en su entorno familiar.

PALABRAS CLAVE

Carlismo - Bradomín - Valle Inclán - Legitimidad.

SUMMARY

To be able to appreciate the esthetic value or the deeply-rooted conviction that Valle Inclán found in Carlism, the author recounts a conversation held with Valle Inclán's son, the Marquis of Bradomin, and in this way brings to life the views on the Carlist movement that this immortal writer projected in his home environment.

KEY WORDS

Carlismo - Bradomín - Valle Inclán - Legitimacy.

Allí, en el corazón de esa ciudad de contrastes y sorpresas vive D. Carlos del Valle Inclán, hijo del gran D. Ramón, Marqués de Bradomín por gracia real, hombre de amplísima cultura y de conversación atrayente.

Gracias a la común amistad con Rafael Fontoira, arquitecto de profesión y amante del románico por vocación, me abre las puertas de su casa en una preciosa tarde del mes de enero del año palíndromo de 2002. Me impresiona entrar en su casa, pese a la amabilidad de Mercedes, su mujer, y al cariño con que acoge D. Carlos del Valle Inclán a Rafael Fontoira, y a ese extraño amigo que se ha colado de rondón en su intimidad para sentir, hablando con el hijo, los mágicos escalofríos que siempre ha sentido al evocar la figura mítica de D. Ramón María del Valle Inclán, y al conmoverse y removerse con su prosa mágica, su figura irrepetible, y su evocación constante del universo carlista.

Cientos de recuerdos, libros, cuadros, fotografías, dedicatorias, todo tipo de objetos que rememoran a D. Ramón María y otros tantos que son reflejo del amor al arte de D. Carlos del Valle Inclán, salpican las paredes y aposentos de esa casa, que si no es la misma casa que fue solar de esa hidalga saga, sí relumbra con luz solar por tanta historia, por tantos recuerdos y por tanta sabiduría como la que se respira y se escucha de labios de su morador.

Para quien ha sentido desde niño la afección innata por el romántico mundo carlista, se ha sentido identificado con sus ideas y ha buscado defenderlas y propagarlas, la figura de D. Ramón María del Valle Inclán produce un claro estremecimiento. Admira por la belleza con que se refiere al movimiento carlino, al que parangona en su estética con el encanto de las catedrales góticas, haciéndolo no sólo de palabras, no sólo poniendo esa frase en boca del Marqués de Bradomín, sino pintando un retrato que le hace tan digno de ser contemplado con asombro y con arrobo como el que produce la contemplación de esos irrepetibles templos de espiritualidad de la Baja Edad Media.

Valle Inclán no sólo realza hasta el colmo de la nobleza la majestad caída de las derrotas carlistas de siempre, sino que deja que se adivinen en los pliegues de su pluma los retazos mejores del mundo que los carlistas aspiraban a reverdecen en sus principios.

Valle Inclán, además, emociona a quien se acerca de manera desapasionada al fantástico fresco que trazan sus pinceladas carlistas, produciendo esa conmoción íntima que la nobleza de las causas siempre evoca en los espíritus sensibles.



Don Ramón con sus hijos, Mari-quina, María Antonia, Carlos y Jaime, hacia finales de los años veinte del pasado siglo.

«Por sus hechos los conoceréis», dijo quien con su muerte nos dio ejemplo y esperanza. Y en nuestra vida, en la vida de cada uno de nosotros, además de esos pequeños episodios que configuran su fluir dentro de unos cauces que podemos llamar normales, hay otros hechos singulares que nos describen más precisa y certeramente que una biografía escrita. En el Marqués de Bradomín ese elemento singular y definidor tiene un nombre: Armenteira.

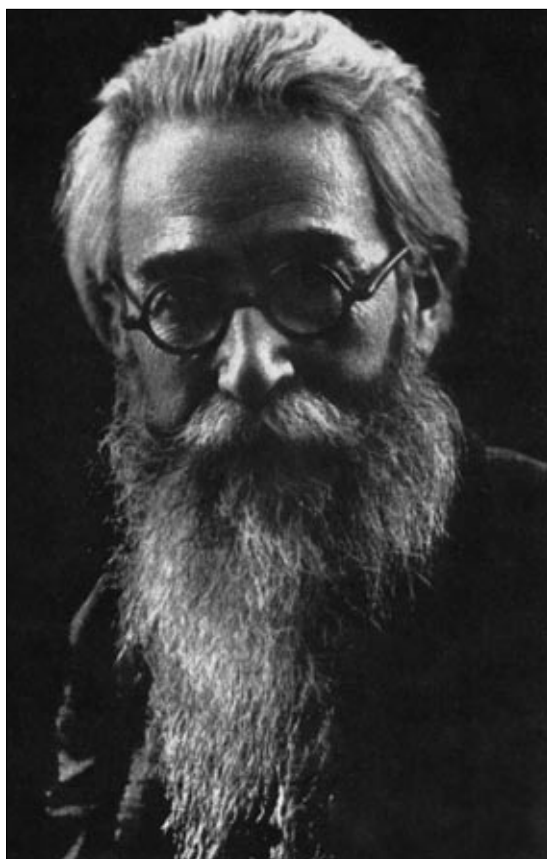
La restauración del antiguo monasterio, allegando voluntades, venciendo resistencias, concentrando esfuerzos, inspirando criterios, documentando testimonios pasados..., constituye un logro que ni en su concepción, ni en su ejecución, ni en su belleza, habrían podido alcanzarse sin el concurso director del Marqués de Bradomín.

No es raro, por tanto, que Carlos del Valle Inclán y Rafael Fontoira, arquitecto que estuvo en aquella batalla histórica y al que se encuentra siempre en toda batalla desinteresada que defienda el patrimonio artístico de Galicia y de España, rememorasen con nostalgia y satisfacción aquella magna empresa de Armenteira.

La figura de D. Ramón, el carlismo, la Galicia y la España de hoy... son algunos de los temas que salpican la conversación mientras las horas del reloj vuelan veloces entre el penetrante olor del café y el aroma del brandy que Mercedes Bradomín cuida de que no falte.

Sorprende el conocimiento del carlismo de este médico pontevedrés rodeado de libros y recuerdos. Y no solamente del carlismo literario y estético que a veces es el único que se quiere ver en las páginas de D. Ramón, sino también el carlismo genuino en sus principios políticos, y el carlismo veraz de su referencia histórica, asoman sin cesar en la conversación, que muchas veces se deriva, quizá sin sentido, hacia esa figura romántica, contradictoria y atrayente de D. Ramón Cabrera, especialmente en su etapa londinense, donde su visión desapasionada y tanto tiempo legal podría haber hecho cambiar el curso de la historia...

«¿Y cuál será mi
grano incierto? /
¡Tendré su pan des-
pués de muerto! /
¡Y de mi siembra
no predigo! /
¿Será cizaña?
¿Será Trigo?»
(R. del Valle Inclán,
La pipa del Kif).



Cuentan del inclasificable D. Ramón que en una recepción de gala de tiempos de la República se presentó luciendo con orgullo en su pechera, por toda condecoración, aquella Cruz de la Legitimidad Proscrita que la dinastía siempre fiel a sus ideales, y siempre perdedora de sus intereses, le había concedido.

Cuando el muy digno Marqués de Bradomín habla sobre el carlismo, recuerda las frases que le dedicó Karl Mark, reivindica la vertiente social del carlismo de los primeros años del siglo XX, rememora el ofrecimiento de la corona a D. Carlos en 1867 y el viaje de Prim y Sagasta a Londres con ese objeto,

rescata libros de su biblioteca, donde documentar certero sus comentarios, sus citas. Su interlocutor cree estar junto a alguien que hace igual ostentación de carlismo y de conducta políticamente incorrecta como la que hiciera el genial y altanero escritor de las luengas barbas de chivo en su recepción republicana...

De repente, pecado de entrevistador adicionado y primerizo recuerdo que he traído conmigo una pequeña grabadora, que muestro sobre la mesa pidiendo permiso para utilizarla. Es tarde, han pasado ya más de cinco horas de charla, así que con el deseo de recoger alguna de las citas que han espigado su conversación, Carlos del Valle Inclán rescata de los estantes de su biblioteca varios libros, y con el testigo mecánico de nuestras voces, ya sin la presencia de Fontoira, que nunca pensó que nuestro encuentro fuera tan largo, continúa la charla.

... es que a principios de siglo, en Madrid, se veía todavía muchísimas gentes que habían sido oficiales carlistas, y uno de ellos era el tío de Pabón, (Pabón se llama Suárez de Urbina de segundo apellido). La anécdota que se cuenta en *Sonata de Invierno*, de que hay una reunión y D. Carlos le dice a Suárez de Urbina ...janda, recítanos tú alguna de las cosas que sabes! y Urbina se amoscó y le dijo: «Señor, para juglar nací muy alto» ja ja ja ja ... la cuenta también Pabón, sin saber, o sin acordarse de nuestro relato en la *Sonata*.

Había mucho personaje carlista; en las obras de D. Ramón, y por eso yo llevé a mis hijos para que conocieran Navarra, y como eso de que fueran sólo en una ocasión no es una cosa buena, decidimos hacer el Camino de Santiago dos veces, en sentido natural e inverso.

Y allí fui yo también, vamos, me metí dentro, pero con detención notable, ... Estella, Estella que es otra Navarra distinta, porque es una ciudad preciosa, ¿tú conoces Estella? —*por supuesto que conozco Estella*—, no tiene nada que ver con la Navarra del Norte —*Bueno es que Navarra es la montaña, la cuenca y la ribera que son tres comarcas muy diferenciadas dentro de una región*— y la ribera del Ebro es también distinta, naturalmente; lo cual revela que está mal hecho el reparto por provincias, porque ésas son unidades geográficas que se rompieron de mala manera.

Te digo esto entonces Luis —*estamos en onda*— porque conviene consultar el libro de Francisco Melgar, *D. Jaime, El Príncipe Caballero*, publicado por la Editorial Espasa Calpe en 1932. En el capítulo XVII se exponen las ideas racionalistas de D. Jaime de Borbón. En otros capítulos se exponen sus ideas sociales, políticas y opiniones de D. Jaime sobre el marxismo; bueno aquí podemos dejarlo porque... lo que es preciso es consultar y leer despacio este libro, —*pero la cita de ¿Pla? yo creo que es algo que debemos leer porque ésa es cortita*— sí, la podemos leer porque es más breve. En el libro de Pla —el libro es una delicia todo él—. Vamos a ver, José Pla, en su libro *Un Señor de Barcelona*, primera edición 1945, y refiriéndose al carlismo catalán dice, en la página 33, lo siguiente:

«El siglo XIX español me parece un tiempo desordenado, desbordante de vida y de pintoresquismo, de perfiles auténticamente propios sin sofisticaciones ni imitaciones, de un sabor estupendo. Las guerras civiles fueron en Cataluña, sobre todo la última, una explosión sentimental, autóctona, romántica, desinteresada y de un enorme espíritu. Han sido una explosión de verdadero tradicionalismo, con un sabor de tierra embriagante y, a pesar de ser una causa perdida, de un tono indiscutible. La libertad que predicaban y ofrecían los viejos carlistas era quizá más sólida que la que postulan los liberales. Era la libertad entendida a la manera antigua; no la libertad con mayúscula teórica y vaga, escrita en un papel, sino las libertades concretas garantizadas por organismos, instituciones, costumbres y hábitos antiguos vivos y de escamoteo imposible. No de otro modo se gobierna Inglaterra. La concesión liberal de la libertad ha sido destrozada por el socialismo, la libertad la hemos perdido probablemente para siempre».

Pues ahora hay otra cosa que me acuerdo y que también es muy importante. En el elogio de Araquistain del carlismo. Ése te lo tengo que buscar. Araquistain, comentando la emoción carlista de Valle Inclán dice:

«Se comprende perfectamente, porque hay que ver lo que eran los liberales del pasado...».

Con todo esto se puede ir haciendo un ramillete, recogiendo esas referencias perdidas que enmarcan en el tiempo y el espacio del carlismo valleinclanesco.

Del libro de Melgar, página 173, escogería esta preciosa referencia con palabras del propio D. Jaime



«Yo, que he sido siempre un convencido amigo del pueblo, un enamorado de los trabajadores y de los humildes, deploré, desde un principio, que las pretendidas conquistas sociales fueran a servir de plataforma a unos pocos políticos dispuestos a aprovecharse de la credibilidad de la masa para hacer una brillante carrera; quise orientar enseguida la política de mis partidarios en un sentido verdaderamente social, para que ellos, lanzándose a la palestra al mismo tiempo que los engañosos apóstoles del socialismo político, quedaran a los ojos del pueblo que no radicalizado e inteligente como sus verdaderos amigos. ¿Hay falsos socialistas? No lo creo. A los que llamamos así equívocamente son sencillamente unos embusteros y unos desalmados y no les preocupa nada el bienestar del pueblo. Cuando se ha tratado de mejorar las condiciones del obrero, me han parecido siempre tibias todas las reformas e insuficientes todos los esfuerzos. Me considero y me he considerado siempre como un socialista sincero, en el sentido exacto de la palabra, y nadie podrá negarme que en todo momento he hecho cuanto he podido para conocer las necesidades verdaderas del pueblo y procurar que se considerara la cuestión social como el problema esencial para todos los hombres del gobierno.

Escena de una batalla de la Primera Guerra Carlista en la controvertida versión de *Flor de Santidad* que dirigió para el cine Adolfo Marsillach en 1972.

Luego sigue ojeando D. Carlos el libro de Melgar, y lee con la voz modulada de quien cree cierto lo que dice, y la soltura de quien repasa un viejo texto amigo...:

«Entre todas las ideas que defiende el programa tradicionalista, que yo y mis partidarios anhelamos implantar en España, induda-

blemente el principio regionalista es una de las más fundamentales y exige una aplicación rapidísima si se quiere traer un pronto remedio a los males de la patria.

Más rigurosa que la misma corriente social, esta corriente regionalista, que los economistas modernos observan no sólo en España sino en muchas naciones, corresponde a una necesidad profunda que sienten los pueblos agobiados por los excesos de un centralismo absorbente. Así como hace unos siglos el poder central, debilísimo, necesitaba robustecer su autoridad y afirmar su poderío en bien de la misma unidad de cohesión de la patria, hoy día ese poder, constantemente fortalecido por adquisiciones y conquistas sin número, es dueño de tantos y tantos resortes que ha llegado a entorpecer y hasta asfixiar la libre expansión de la vida regional y municipal; es preciso descentralizar a todo trance, con la misma energía con que antaño se buscaba la concentración en manos de una autoridad central de todas las riendas del poder. La autonomía municipal, los estatutos regionales, las autonomías universitarias, son los primeros pasos de este gran movimiento descentralizador que está ya en camino en la hora presente, hay que ir preparando el espíritu de las masas a los beneficiosos avances de la tendencia federativa. Si grandes países como Norte América y pequeños como la República Helvética, o naciones poderosas como el Reich germano, pueden vivir y prosperar con el sistema federal, ¿por qué no habría España de ser grande con este mismo sistema cuando todo invita en ella a suprimir la división actual en provincias para reemplazarla por las comarcas naturales que responden a su tradición y a sus necesidades verdaderas? El día en que cada una de las regiones españolas recobrara su personalidad histórica, pudiendo organizarse con leyes prudentes y adecuadas a su peculiar manera de ser, entonces veríamos a todas ellas asumir con brillo dentro del molde de la patria la misión de estudio a sus hijos, de administrar la propia hacienda y de velar por su prosperidad y engrandecimiento».

Se para la lectura, y D. Carlos del Valle Inclán, entornando los ojos, evoca... Por medio de Mella co-

nocí en Madrid al Marqués de Cerralbo y visité su palacio, que era vistosísimo. El baile anual que daba D. Joaquín Aguilera y Gamboa constituía en el Madrid monárquico el gran acontecimiento social del año. A la cena subsiguiente asistió siempre todo Madrid, algunos años desde D. José Canalejas a D. Jaime de Borbón inclusive. D. Joaquín Aguilera era un señor pequeño, acicalado, culto y fino. Pero fíjate...

Ha finalizado la cinta que recoge las palabras de este caballero español de tan amplios saberes, de tan diversos intereses, de tan aleccionadoras ideas...

Nuestra conversación continúa, avivada por mi escucha arrobada y sus reverdecidos recuerdos, hasta que bien entrada la noche, y demorada la rutina de la vida familiar de D. Carlos del Valle Inclán, hay que interrumpir la evocación de esa burbuja carlista, en la que por unas horas hemos vivido.

Ahora que en los medios de comunicación sólo se escucha el estrépito de quienes con sus gritos guturales muestran la oquedad de sus pensamientos, el contraste con el borbotón de ideas y de sensibilidad de D. Carlos del Valle Inclán resulta vivamente sonoro.

Y yo me retiro de ese lugar sagrado ennoblecido por los recuerdos y la sombra omnipresente de D. Ramón María y la personalidad devota del arte, de la historia y del carlismo, de su unigénito Carlos, pensando en escribir unas líneas —estas, lector, que ahora tienes ante ti— que dejen memoria y testimonio de mi agradecimiento y su valía.

... y pensando también que ahora que se ha culminado la primera edición de las obras completas de D. Ramón, queda, con otros muchos deberes pendientes hacia la activa y creadora figura de ese español orgulloso y genial, gallego de cepa y universal de raza, queda por hacer la historia íntima y auténtica del carlismo de Valle Inclán. Pendiente quizá de que alguien desde la ficción de la novela histórica que tanto eco recibe hoy, sea capaz de crear y recrear un personaje que, como el Bradomín hidalgo que ha ejercido hoy conmigo la caridad de la charla, pueda en sentido inverso un día cruzar el umbral de la realidad y convertirse en paisaje humano indispensable para un fresco novelado de la historia épica y romántica del multiseccular carlismo.